

Seix Barral Biblioteca Formentor



**Ernst Haffner**

**Hermanos de sangre**

Una novela berlinesa





**Seix Barral** Biblioteca Formentor

---

**Ernst Haffner**  
**Hermanos de sangre**

Una novela berlinesa

Traducción del alemán por  
Fernando Aramburu

---

Título original: *Blutsbrüder*

© Metrolit Verlag GmbH & Co. KG, Berlin, 2013

© por la traducción, Fernando Aramburu, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: febrero de 2015

ISBN: 978-84-322-2450-8

Depósito legal: B. 607-2015

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A., Barcelona

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

Diminutos integrantes de una sinuosa, fatigada fila de hombres que se extiende por el largo patio de la fábrica y dos pisos más, los ocho chavales de la pandilla Hermanos de Sangre hacen cola y aguardan, al igual que otros cien, a que por fin los dejen pasar del terrible frío húmedo a las cálidas salas de espera. Faltan todavía tres o cuatro minutos. Después, a las ocho en punto, se abre la pesada puerta de hierro en el segundo piso. El centro de beneficencia del distrito Berlín-Mitte, en la Chaussees-trasse, da el tirón de arranque para la puesta en marcha de su complicada actividad burocrática. El impulso se propaga en sucesivos serpenteos por la hilera humana. Los integrantes avanzan, arrastran los pies, sostienen en las manos una gran cantidad de papeles exigidos. Previamente ha sido publicado con autorización oficial un manual impreso que detalla, en una columna interminable, los papeles necesarios y los veinticuatro puntos de la ciudad donde pueden obtenerse.

La cola ya ha alcanzado el espacioso recinto de espera donde se halla la caja. En un santiamén, la fila se parte en dos filitas organizadas con precisión militar. Una de dichas filitas espera pacientemente hasta que Paule, el afónico funcionario que ejerce de factótum, recoge las tarjetas timbradas a fin de preparar los pagos. La filita número

---

dos serpentea ante la ventanilla de información para recibir, tras haber contestado a las preguntas de dónde y adónde, una ficha con un número. A continuación, los integrantes se reparten de uno en uno en otras dos salas, ante las puertas de los señores empleados, y aquí esperan con paciencia de santo a que pronuncien su número. La paciencia de santo bien puede llevar cinco o seis horas. Los ocho chavales de la pandilla no se suman ni a una fila ni a otra, sino que se llegan a toda mecha a la sección del Subsidio Perpetuo. Quizá logren hacerse con un banco.

Sala de espera del Subsidio Perpetuo. En las oficinas correspondientes se entregan las solicitudes para la obtención del Subsidio del Paro. La insolencia mordaz de la gente ha transformado la abreviatura oficial SP en Subsidio Perpetuo. Una hora después de la apertura, ya está la sala de bote en bote. Los escasos bancos están ocupados hasta el último trozo de superficie. Las personas que no han encontrado asiento se aprietan en el pasillo o se apoyan contra las dos paredes longitudinales, cuajadas de manchas repulsivas, negras de mugre, que dejaron miles de espaldas humanas al apoyarse. La luz, inhóspita por demás, del día gris se mezcla con el resplandor de las débiles bombillas eléctricas e irradia una luz parpadeante que da un aspecto aún más miserable y más famélico a las caras de los que esperan. Detrás de las paredes transversales se encuentran las oficinas, luminosas y limpias. Aunque no olvidaron abrir puertas en las paredes, en cada una de estas últimas se ha practicado un agujero cuadrado del tamaño de la cabeza de un funcionario de escalafón inferior. Justo al lado de las puertas. Para evitar cualquier roce con la chusma que aguarda, los funcionarios no pronuncian los números a través de las puertas. No: se abre el postigo bruscamente y aparece, perfecta-

---

mente enmarcada, una cabeza varonil que vocifera un número. Después el postigo se vuelve a cerrar de prisa. El número pronunciado —tan sólo dentro de la oficina resultará que se llama Meyer, Gustav o Abrameit, Frieda— entra trotando a través de la puerta, junto al postigo. La cabeza de los que esperan se alza con cada llamada de los números. De vez en cuando ocurre que los postigos de ambas paredes se abren al mismo tiempo. Entonces se mueven —plis— todas las cabezas hacia arriba —plas—, todas las cabezas hacia atrás.

Los ocho jóvenes han conseguido apoderarse de un banco, no les preocupan las llamadas, se amodorrán. Han pasado la larga noche de invierno en la calle. Como tantas otras veces: no tienen casa. Todo el tiempo de aquí para allá, todo el tiempo en movimiento. Debido a las inclemencias, no han podido descansar. Nieve de varios días, de cuando en cuando unos delgados hilos de lluvia, todo ello mezclado por el viento que, con su frío penetrante, hacía resonar las bocas de los chavales al modo del pico de los patos. Ocho chavales de dieciséis a diecinueve años. Algunos se escaparon del correccional. Dos tienen padres en algún lugar de Alemania. Éste o el otro, bien padre, bien madre. Su nacimiento y adolescencia coincidieron con la guerra y la posguerra. Incluso cuando hicieron sus primeras tentativas por andar con sus piernas arqueadas ya estaban abandonados a su suerte. El padre había ido a la guerra o ya figuraba en la lista de los caídos. Y la madre montaba granadas o se vaciaba a cachos los pulmones sin parar de toser en las fábricas de pólvora y explosivos. Los niños con el vientre lleno de nabos —ni siquiera con el vientre lleno de patatas— merodeaban por los patios y las calles en busca de comida. Al hacerse mayores se lanzaban a cometer robos en manada con el

---

pensamiento de llenar la panza. Malvados animalillos depredadores.

Ludwig, de Dortmund, se ha despertado al oír gritar un número. Ahora está sentado con las piernas estiradas, los puños en los bolsillos, en la comisura de la boca la punta vacía de un cigarrillo. Su cara juvenil, delgada y hambrienta, mira atenta, con ojos rápidos, castaños, la entrada a la sala. Sus camaradas duermen inclinados hacia delante, con el cuerpo hundido, o reclinados blandamente contra el vecino. Jonny, el cabecilla, el jefe de la manada, los ha convocado aquí a las nueve. Quería, como tantas veces, conseguir dinero. Cómo lo hace, eso no lo revela. Ayer por la noche, hacia las diez, se despidió de los camaradas. Ludwig ve llegar a Jonny a la sala y le hace señas excitado: «¡Aquí, Jonny, aquí!». Jonny es un chico de veintiún años. La potente barbilla, los pómulos salientes, le dan un aire de joven algo bruto. Testimonian, cuando menos, fuerza de voluntad. Su manera de hablar es perspicaz y certera, casi libre de dialecto, y demuestra que aventaja a todos los de la pandilla en inteligencia. Queda fuera de duda su superioridad física; de otro modo, no sería el jefe. «¡Buenos días, Ludwig!» Le tiende una cajetilla grande de cigarrillos. Ludwig se sirve anhelante, codicioso, y paladea con delectación el humo que tanto echaba en falta. Los camaradas aún duermen. Ludwig da una profunda calada y lanza el humo a los chavales. Éstos tragan, tosen, se despiertan de golpe. Ningún otro procedimiento los habría sacado más rápidamente de su sueño. ¿Cigarrillos? «¡Jonny, hola!» A toda prisa coge cada cual un cigarrillo. Y ahora ya saben que Jonny tiene dinero y que por fin podrán volver a comer. Conque andando. Como de costumbre, caminan separados en tres grupos. Nueve chavales juntos llaman

---

desagradablemente la atención. Tuercen en la Chausseestrasse hacia la Invalidenstrasse. En esta última compran el desayuno. Cuarenta y cinco panecillos en tres bolsas grandes y dos embutidos enteros de hígado con cebolla. Suficiente para nueve.

La Rosenthaler Platz, la Mulackstrasse, después la Rückerstrasse. Entran en la taberna habitual de todas las pandillas de los alrededores de la Alexanderplatz, la Rückerklause. Tras el escaparate se fríen tortitas de patata. Las nubes grasientas de humo se alargan hasta el rincón más apartado del sombrío, lúgubre, sucio local. A pesar de la hora temprana, la Klause está llena de parroquianos. Es algo más que una simple taberna. Es una especie de hogar para quien no tiene otro. Música ruidosa por los altavoces, clientes ruidosos. A nadie le molesta el bufé repugnante, las mesas mojadas de cerveza, las negruzcas paredes con rayaduras. A la derecha de la entrada, en un rincón, toma asiento la pandilla. El camarero les trae un caldo repulsivo, pero al menos caliente. Después se lanzan a devorar los panecillos y el embutido. Mientras tanto, apenas hablan. Tan sólo sonidos borrosos, casi animalescos; gruñidos con los que el estómago manifiesta su satisfacción. Qué cambiados están los chavales. Cómo hunden los dientes en los trozos de embutido, cómo trabajan sus mandíbulas. Cómo se observan unos a otros y se dicen con la mirada: «Chaval, chaval, qué bien comer así y ver que aún queda más...». Y otras miradas, agradecidas, orgullosas, son para Jonny, quien una vez más ha provisto a las necesidades de todos.

Al fondo, en una de las concavidades de la pared, el chavalillo de una pandilla está sentado sobre el regazo de un putero achispado. Dos camaradas suyos van y vienen por delante de la concavidad y jalean a su compañero di-



---

ciéndole: «¡Tira, caballo, tira!». Tira de la cartera de tu cliente y pásanosla...

En medio de dos jefes de pandilla, una muchacha se apoya en una mesa de pie, situada delante del bufé. Una niña de quince o dieciséis años. Con garbo se ha echado por encima la chaqueta de un chico que tenía demasiado calor. Lleva una gorra calada y bebe con los dos cabecillas vestidos de cuero un aguardiente tras otro. Su cara enfermiza, pálida, con venas azules en las sienes, se contrae en un gesto de asco; pero luego la pequeña y sucia mano vuelve a coger el vaso de aguardiente para corresponder al brindis de uno de sus acompañantes con chaqueta de cuero. La boca de la muchacha se abre: casi sin dientes, con tan sólo unos restos de color negro. Y seguramente no llega a los dieciséis años...

El tabernero permanece atento detrás de la barra. Con un traje azul de calidad y un impoluto cuello de camisa blanco: el único en todo el local. La música retumba sin descanso. Hay un ir y venir continuo de gente. Todos jóvenes, muy jóvenes. Muchos llegan con mochilas o con alguna clase de paquete. A continuación se dirigen, dentro del vestíbulo, a los servicios horriblemente sucios. Breve conversación. Desenvuelven algo, lo envuelven. El dinero cambia de dueño. Luego toman un aguardiente junto a la barra. Adiós. No son raras las redadas de la policía.

La muchacha está ahora completamente borracha, deambula tambaleándose de mesa en mesa y ofrece sus servicios sexuales. Ya está Friedel fanfarroneando de nuevo, dicen algunos, y no los conmueve la triste escena de una niña embriagada que enseña sus ajados encantos. La Rückerklaus, una especie de hogar para quien no tiene otro. El hambre incesante de los jóvenes ha hecho desa-

---

parecer de la mesa hasta el último resto de panecillos y embutido, además de dos tortitas de patata por cabeza. Se repanchigan complacidos, dan caladas a un cigarrillo, toman un trago de cerveza y tararean la melodía de los altavoces: «... *A la larga, tesoro querido, mi corazón no puede ser un fondeadero...*». Están saciados. En el local hace calor. Les va entrando cansancio. Sus cabezas reposan sobre el tablero de la mesa. Sólo Jonny permanece despierto y fuma y fuma. Es él quien paga las consumiciones. Después cuenta su dinero. Le quedan ocho marcos justos. ¿Dónde dormirán por la noche? En el albergue colectivo más barato cobran cincuenta centavos por un miserable colchón infestado de chinches. En total, cuatro marcos y cincuenta centavos. Luego apenas alcanzará para mañana. Jonny cavila sobre una opción más barata para pernoctar. Lo mejor es que los chavales sigan durmiendo. El camarero ya les dirá que Jonny los espera a las ocho de la tarde en el Schmidt.